

De la autoría del Evangelio y de la estancia de la Comunidad joánica en Éfeso se expresa con mucha ponderación y explica cómo piensa él que se podría explicar la relación con Juan el hijo de Zebedeo (p.202ss).

En el cuerpo de la obra el autor da, al comienzo de cada sección, el sentido de conjunto de la perícopa y a continuación recorre verso por verso las expresiones griegas principales y aclara su sentido. Esta manera de hacer exégesis más que un comentario es una ayuda, ciertamente valiosísima, a la inteligencia de algunas expresiones del texto. Sin duda alguna esta forma de afrontar el sentido de cada sección sin analizar todo el texto, sino solo profundizando en algunos términos tiene sus inconvenientes, tanto en el caso de un relato como de un discurso, puesto que no se hace exégesis del conjunto del texto griego. El autor lo resuelve con la visión de conjunto al comienzo de cada perícopa pero esta visión de conjunto inicial carece todavía de la explicación de los términos que se da después en las Notas. Por ello, en realidad, este comentario, aunque imprescindible, tiene que completarse con otros en que se explique la forma literaria, la estructura del relato o del discurso, la dimensión teológica, etc.

En cuanto a las tomas de posición del autor en la introducción y en el cuerpo de la obra su doctrina es sólida, coherente y respetuosa con el texto.

Tratar de hacer observaciones a cada uno de las notas filológicas y del cuerpo de esta obra magna sería presuntuoso e inacabable en el espacio de una resección.

En cuanto a la traducción castellana, sin duda, el traductor ha hecho una labor encomiable. La portada y la contraportada nos han llegado con un lapsus (Barret en vez de Barrett). Anotemos que la expresión de la p.31 (al final), «observaciones y pertinentes», no tiene sentido. Asimismo en la p.34, línea 6, parece faltar alguna línea o algún dato; igualmente en p.71, línea 6, la expresión («y muy recientemente») está fuera de contexto.

Estos y otros insignificantes detalles no oscurecen el inmenso valor tanto de la obra original como de la traducción castellana que presentamos. El estudioso de San Juan dispone ahora en español de un tesoro para profundizar en el testimonio del Discípulo Amado.—DOMINGO MUÑOZ LEÓN.

KRATZ, REINHARD G., *I profeti di Israele (Sintesi)* (Queriniana, Brescia 2006), 159p., ISBN: 978-88-399-2956-3

La centenaria editorial lombarda *Queriniana* ha traducido recientemente al italiano este libro, publicado tres años antes en la ciudad bávara de Munich. Ya en la introducción del mismo, el autor, profesor de Antiguo Testamento en la Universidad de Göttingen, presenta los dos puntos de referencia que presiden todas sus páginas: la distinción entre el profeta histórico y el profeta literario (p.6).

Nueve son los capítulos que estructuran este breve libro. Los cuatro primeros, centrados en torno a interesantes aspectos no estrechamente relacionados con los libros proféticos. Los cuatro siguientes recogen referencias de los libros proféticos, comenzando por Isaías y terminando por Daniel. En el último se abren las perspectivas proféticas veterotestamentarias a los escritos del Nuevo Testamento.

La relación ley-profetas ocupa las primeras páginas de *I profeti di Israele* (primer capítulo). Además de recordar que es la ley la que sigue a los profetas y no al revés, el autor señala que son precisamente éstos los que constituyen la ley de justicia, a pesar de que todavía no la tenían como fundamento (p.16-18).

El autor de esta buena introducción general a los profetas y libros proféticos ha organizado en los tres capítulos siguientes tres grandes temas con ellos relacionados. El primero, el del trasfondo geográfico y cultural de las figuras bíblicas mencionadas: en el Medio Oriente Antiguo no hay libros proféticos pero sí mediadores (sacerdotes, profetas); en dicho ámbito los profetas eran una clase sacerdotal que servía en el templo y que formaba parte de los empleados de la casa real; la mayor parte de los oráculos proféticos se transmitían en dicho lugar por medio de cartas. El segundo, el de la particularidad y peculiaridad de los profetas de Israel y Judá: su relación con la monarquía (crítica radical a ésta), su actividad, receptores de una palabra divina encarnada, etc. Por último, el tercero centrado en los libros proféticos: su interpretación e inspiración. En él se hace referencia al sentido que tenían el profeta literario y el profeta verdadero para los antiguos autores y escritores (p.51), a la época de fijación por escrito de los libros proféticos y a la diferencia que existe entre los hechos históricos o las tradiciones y la experiencia que los profetas han tenido de Dios y que han conservado los textos que hoy se pueden leer (p.59).

A partir del capítulo V se presenta un recorrido por los libros históricos, en función de la época en que éstos adquieren su cuerpo central. En un primer momento, los comienzos de la tradición profética, las características de Isaías I, Oseas y Amós. En el capítulo VI, además de una breve mención de los libros de Miqueas, Nahum, Jonás y Sofonías, los libros de Jeremías y Ezequiel (origen del libro, sus características, su mensaje) ocupan un lugar central: importancia que se concede al mediador en el primero de ellos, así como también a temas como el sometimiento a Babilonia y la salvación en el juicio; conexión de Ezequiel, *más teólogo que profeta*, con otros libros proféticos (p.99-101). El siguiente capítulo (VII) ofrece en primer lugar una interesante referencia histórica a la época persa (p.106ss), para posteriormente centrar sobre todo su interés en el Deuterisaías; en concreto, en el destacado papel que en él se concede al tema de la salvación de Dios y al monoteísmo y su importancia.

Del penúltimo capítulo queremos resaltar las referencias al final de la profecía y a la relación entre tradición profética y apocalíptica (p.126-129). Del último, referido a la recepción de los libros proféticos en el Nuevo Testamento, estas dos menciones: «al igual que la tradición profética, la cristiana inicia con la ruptura de la relación con Dios. Al juicio de Dios, anunciado por la tradición profética, corresponde la cruz» (p.143); «la cruz y la resurrección de Jesús, de la que esperan los cristianos el regreso de su Señor, son la experiencia fundamental del evangelio y en cuanto norma hermenéutica ponen en cuestión la religión del judaísmo antiguo basado en la Biblia hebrea» (p.144-147).

Todo lector que busque entender con claridad, en pocas páginas y sin *perdersse* en citas bíblicas o bibliográficas, los aspectos principales y característicos de los profetas y libros proféticos de Israel y Judá tiene en este libro un adecuado lugar al que acudir. Será la primera e introductoria parada de un largo viaje que, posteriormente, podrá ampliar y completar con otros libros que, sin duda, ha leído y tenido en cuenta R. G. Kratz a la hora de escribir su breve y sintética monografía.—ENRIQUE SANZ GIMÉNEZ-RICO.